

Europa, el marco necesario para la transición ecológica

Traducción: José Bellver

La Unión Europea estuvo durante mucho tiempo a la vanguardia de la lucha por un medio ambiente sano y la justicia ecológica. Hoy, ante la doble crisis ecológica que amenaza a la humanidad, la UE ha reducido gradualmente su ambición en el peor momento. Sin embargo, es más probable que avancemos hacia el final de las crisis ecológicas con el marco de la Unión Europea, que disolviéndola y regresando a los Estados nación.

Las próximas elecciones europeas establecerán la postura de la mayor potencia económica del mundo y sus 500 millones de habitantes ante la doble crisis ecológica que amenaza a la humanidad: la crisis energía-clima y la crisis alimentación-salud. Esto en una situación económica donde la crisis del neoliberalismo, está lejos de resolverse.¹ La impaciencia está creciendo entre las personas con bajos salarios, las desempleadas y la juventud. Y surge entonces la pregunta, que alimenta a los nacionalismos: ¿no mejorarían los países de Europa centrándose cada uno en sí mismos? ¿No recomienda la ecología la resiliencia de organismos más pequeños, pero también más ágiles? «Lo pequeño es hermoso» decíamos...

Alain Lipietz es economista y político ecologista francés y ex europarlamentario, miembro del Partido Verde de Francia

Sin embargo, la Unión Europea estuvo durante mucho tiempo a la vanguardia de la lucha por un medio ambiente sano y la justicia ecológica. En primer lugar, como líder en el plano interior: la regulación ambiental europea siempre estuvo por delante de aquella de la mayoría de los países miembros.

¹ Para una visión de análisis del conjunto y de sus soluciones ecologistas, puede verse mi libro *Green Deal. La crise du libéral-productivisme et la réponse écologiste*, La Découverte, Paris, 2012, del cual puede encontrarse un resumen en castellano aquí: <http://lipietz.net/Temores-y-esperanzas-la-crisis-del-modelo-Liberal-productivista-y-su>

Véase también: «La seconde crise écologique mondiale», postfacio a la 3ª edición de *Qu'est-ce que l'écologie politique ? La grande transformation du XXle siècle*, Les Petits Matins, Paris, 2012.

Como líder mundial después: desde la Conferencia de Río en 1992 hasta la Conferencia de Copenhague (2008), las propuestas proactivas de la Unión en la mesa de negociación internacional permitieron extraer compromisos que abarcaban una gran parte del mundo, ya sea tratándose del clima o de la biodiversidad.

Estos tiempos parecen haberse terminado, y Copenhague marcó el alto. Arrastrada, al igual que el resto del mundo, por la ola liberal, la Unión se ve obstaculizada por los tratados que otorgan el derecho de veto (*de iure* o *de facto*) a los países más “reacios” frente a las políticas ambientales y de solidaridad. La UE ha reducido gradualmente su ambición en el peor momento. ¿Acaso se ha debido a la entrada de los países de Europa central y oriental, así como los compromisos paralizantes que hubo que concederles en Niza? ¿Es el rechazo por parte de varios países del Tratado Constitucional Europeo (2005), que dio más peso a la representación directa de los pueblos en el Parlamento Europeo? ¿O se trata simplemente de la tendencia hacia el liberalismo entre la opinión pública, país por país, región por región, que se refleja en las mayorías en todos los niveles, regiones, países y, finalmente, en Europa?

Esta última hipótesis no debe pasarse por alto. Nos recuerda que las mejores instituciones del mundo, las más democráticas, son impotentes si las personas, por razones ideológicas, no pretenden utilizarlas en su mejor interés a largo plazo. Y la opinión es reversible: convertida en hostil al socialismo después del trágico fracaso de los “comunismos” realmente existentes, torna hoy, particularmente en el antiguo bloque del Este, hacia regímenes “no liberales” frente a los excesos del liberalismo económico.²

Pero nos quedaremos aquí a nivel institucional: ¿es más probable que avancemos hacia el final de las crisis ecológicas con el marco de la Unión Europea, o que dejemos la Unión, incluso disolviéndola y regresando a los Estados nación?

La cuestión clave de la coordinación política

Todas las crisis ecológicas no son espontáneamente “globales”. La crisis climática es intrínsecamente global: los países sufren inevitablemente de políticas industriales en otros países, del otro lado del mundo. Las crisis alimentarias y de salud parecen más locales: dependen solo de la opción (reversible a medio plazo) de abandonar o no la soberanía alimentaria. Pero una vez tomada la elección del libre comercio mercantil en un área geográfica cualquiera, la

² Esta evolución, similar a la de la Europa de los años treinta y, por lo tanto, relativamente independiente de la Unión Europea, fue perfectamente previsible y prevista tan pronto como empezó la crisis. Véase: <http://lipietz.net/Problemes-politiques-du-New-Deal-Vert>

cuestión de la coordinación y la decisión política surge en ambos casos. Porque las leyes de la competencia empujan, mediante la caza de la ventaja competitiva, a sacrificar lo social y el medio ambiente. Solo la política puede templar, inhibir, revertir esta orientación espontánea de la economía. En el ámbito de la política institucional: leyes, reglamentos, presupuestos, sistemas de cuotas, planes. En el ámbito de la política extrainstitucional: contratos colectivos, autorregulación, preferencias de los consumidores, movilizaciones sociales...

Con todo, es necesario que:

- a. el espacio político de coordinación cubra al menos el espacio económico;
- b. que sea lo suficientemente fuerte como para establecer reglas al mismo;
- c. que se establezcan buenas reglas.

El espacio político europeo de coordinación debe de cubrir el espacio económico, con suficiente fortaleza como para establecer las reglas adecuadas frente a las crisis ecológicas

Esto es particularmente obvio en el terreno ambiental. La regulación ecológica es casi contemporánea con la construcción de la Unión Europea. La Unión se fortaleció hasta 2008 reforzando la defensa del medio ambiente. Las reglas de toma de decisiones en la Unión acentuaron esta ventaja. Las decisiones en este ámbito están sujetas a la codecisión entre el Parlamento (que representa a la ciudadanía europea) y el Consejo (que representa a los gobiernos nacionales). El Parlamento es muy sensible a la progresión de las preocupaciones ecológicas entre la población. Pero los gobiernos defienden los intereses de sus principales agentes económicos. Y es aún más cierto en el caso de las administraciones, que ya tienen el genio de distorsionar las leyes de los parlamentos nacionales en las circulares de aplicación, y que se lo pasan en grande a nivel europeo en las oscuras negociaciones de la “comitología” (coordinación europea de las administraciones nacionales).

En el campo social, estas reglas de decisión de la UE generalmente llevan a un bloqueo: la legislación europea está alineada con el país europeo con menos énfasis en lo social. En cambio, en el ámbito medioambiental, puede encontrarse otro equilibrio al asignar a todos los países europeos un objetivo-desafío más alto que el estándar del país más avanzado.

Esto es exactamente lo que sucedió hasta la década de los 2000, y eso es lo que sucedió recientemente con respecto a las normas de los automóviles: el Parlamento impone normas estrictas, mucho más estrictas que las industria y el Gobierno alemán (pero la

comitología dejó pasar el asunto “*dieselgate*”).³ Si bien se critican las debilidades de los resultados obtenidos, no se puede negar que estos objetivos son a menudo los más avanzados del mundo, como el reglamento REACH sobre sustancias químicas, la negativa de hormonar a los terneros y los límites a los OGM (organismos genéticamente modificados), etc.

Pero en 2004, las cosas comenzaron a cambiar con la membresía masiva de los países de Europa oriental y la adopción del Tratado de Niza, que tuvo en cuenta sus requisitos. Estos nuevos miembros se mostraron reacios a aceptar las directivas europeas, después de haber sufrido durante décadas las de Comecon (el imperio soviético). El Tratado de Niza les otorgó un cuasi-veto en todos los asuntos. El proyecto de Tratado Constitucional Europeo (TCE) fue rechazado en 2005 por una convergencia de liberales y nacionalistas. El Tratado de Lisboa, firmado en 2007, restableció algunas reglas de toma de decisiones por mayoría, pero fue demasiado tarde: se tomó la táctica “intergubernamentalista”. Desde 2005, los gobiernos han reanudado el hábito de llegar a un acuerdo entre ellos, buscando la unanimidad, sin preocuparse tanto por el interés general europeo como por la evolución de la opinión pública reflejada en el Parlamento Europeo.

No obstante, si bien siguen siendo obstinadamente liberales (por decepción con los experimentos socialistas, o con los partidos políticos que dicen ser socialistas) o evolucionan hacia un nacionalismo autoritario (por decepción con el liberalismo), son cada vez más conscientes de las emergencias ambientales... pero permanecen sensibles al argumento de que «¡los otros ya han empezando!». La pregunta acerca de la coordinación surge también a nivel de la opinión pública: si el cuerpo político no establece objetivos y reglas para lograrlo, los enfoques ecológicos seguirán siendo una cuestión de elecciones individuales (lo que es a pesar de todo un buen comienzo).

De ahí la regla general para hacer que la Unión Europea funcione mejor: más Europa para una Europa mejor. En concreto:

1. Generalizar la “codecisión” entre el Parlamento y el Consejo (todavía hay muchas áreas en las que el Consejo decide solo);
2. Decisión de mayoría calificada en el Consejo (no derecho de veto);
3. Crear listas europeas (para desconectar a los eurodiputados de las presiones de sus gobiernos nacionales);
4. Establecer o fortalecer el control *a posteriori* de los representantes electos en instituciones y agencias “técnicas” e “independientes”: Banco Central Europeo (BCE), Banco Europeo de Inversiones (BEI), comitología, etc.

³ K. Delli y X. Maurel, *Dieselgate. Repenser la mobilité sans diesel*, Actes Sud, 2019.

En otras palabras: acercarse a una federación, ir más allá de lo intergubernamental; pero esto solo responde a la ambición «b»: acceder al poder de la política económica. Como ya he señalado no me referiré aquí al punto «c» sobre cómo cambiar la opinión pública y, ante todo, que se entienda que las “grandes” decisiones se toman en Europa y no a nivel nacional. Queda el punto «a»: según los tratados, la UE no tiene competencias sobre la mayoría de los temas fiscales y sociales (tiene algunos: los máximos del tiempo de trabajo, el desplazamiento de los trabajadores...).

Esta objeción es el dolor de cabeza de los eurodiputados, ecologistas y progresistas. Podemos intentar evitarlo... por las atribuciones del Parlamento en materia de competencia: la lucha contra el *dumping*, social y fiscal. Sucede a veces. Luego volvemos al problema anterior: el derecho y los liberales, en su mayoría, aceptan considerar que estos son solo problemas que no son responsabilidad del Parlamento. O adoptan posiciones pro-patronal.

Sin embargo, los votantes todavía están tratando de darles la mayoría, mientras maldicen a Europa, que aumenta la competencia desleal vía costes laborales y protege los paraísos fiscales. Y este resentimiento contra la UE hace que sea cada vez más difícil reformarlo con un nuevo tratado en un sentido más federal, especialmente porque los empresarios, especialmente los alemanes, han comprendido perfectamente las ventajas que pueden aprovechar de un mercado libre, pero distorsionado por las diferencias nacionales en normas fiscales, salariales y ambientales.

Volviendo a la pregunta inicial: en los próximos cinco años, que serán decisivos para el planeta, ¿es mejor trabajar dentro del marco europeo, incluso con tratados constantes, o regresar lo más rápidamente posible a la plena independencia de los Estados nación? Continuaremos la discusión sobre los tres puntos clave: crisis energía-clima, crisis alimentación-salud, *Green New Deal* económico-financiero.

La crisis energía-clima

Definirla de esta manera implica tener en cuenta el “triángulo de los riesgos energéticos”: la cuestión del clima, los riesgos de la energía nuclear y la competencia por el uso de la tierra entre los agrocombustibles y sus otros tres usos: alimentos para humanos, ganado y reservas de biodiversidad, el llamado conflicto FFFF (*food-feed-fuel-forests*). La respuesta ecológica es el tríptico: sobriedad, eficiencia energética, energías renovables.

La cuestión nuclear está explícitamente excluida de los tratados: Francia la vigila, cada vez más aislada. Sin embargo, «la nube de Chernóbil no se detuvo en las fronteras»... Pero la presión aumentará sobre Francia, a través del reproche de “competencia distorsionada”:

el Estado francés es su propia aseguradora contra el riesgo nuclear, lo que representa una “subvención oculta” (un compromiso fuera de balance). La Unión se convertirá eventualmente en el aliado de los antinucleares franceses.

El conflicto FFFF estuvo casi marcado por una peligrosa victoria de los agrocombustibles, la Comisión de Bruselas y los gobiernos, bajo la presión de la agricultura a gran escala, presionando por un aumento continuo en la proporción del diéster o el etanol en los combustibles. Por el momento, una campaña de prensa que ha transmitido las alarmas desde el ecologismo ha detenido la ofensiva de los agrocombustibles de “primera generación” (aquellos que consumen tierras agrícolas que podrían ser alimentos). ¡Pero nada asegura que la batalla hubiera sido más fácil en un entorno nacional!

El gran “paquete” (como se le llama en los organismos europeos) se refiere al clima, que se tiene en cuenta directamente o mediante el ahorro de energía. Allí asistimos a una planificación europea en volumen y vinculante: objetivos de progreso de la eficiencia energética y parte de las energías renovables, con la distribución del esfuerzo de reducción de gases de efecto invernadero (GEI) por país, y un sistema de derechos de emisiones para los 5.000 establecimientos industriales más grandes. Todo esto viene de directivas votadas por el Parlamento, no por la vía de los tratados.

Los objetivos adoptados, que a menudo son renegociados por el Consejo Europeo en nombre de los intereses polacos, etc., no pueden ni deben ser suficientes. Y especialmente si son mal aplicados y sorteados mediante fraude por parte de la industria (como lo revela el caso *dieselgate*). Pero no hay duda de que los resultados serían mucho peores (en nombre de la “competitividad”) si los países tomaran sus decisiones de manera independiente. La prueba de lo contrario, allá donde la UE no tiene competencias fiscales (impuestos sobre los combustibles), no hay convergencia, de modo que los camiones, cuando pueden, dan la vuelta para repostar al otro lado de la frontera.

En resumen, la Unión Europea es, en este capítulo, el bastión institucional más avanzado para salvar el planeta y a la humanidad, siempre que los políticos tengan el valor de usarlo. Y un país europeo aislado, incluso el más avanzado del mundo en su orientación ecológica, no tendría casi nada que hacer respecto al cambio climático.

La verdadera debilidad de la Unión es que es ... ¡solo europea! El acuerdo de Kyoto (2005) funcionó bastante bien en Europa (desacopló fuertemente el crecimiento del Producto Interno Bruto y el crecimiento de las emisiones de GEI), pero ni China ni EEUU se sintieron preocupados. Y, lamentablemente, no tenemos más tiempo para esperar a la creación de una República Universal ni a la salida del capitalismo para luchar contra el cambio climático. De ahí la importancia crucial de “sopesar” en las negociaciones de los acuerdos

ambientales internacionales. Y de nuevo, solo la unidad hace la fuerza. Porque no es algo sencillo, en primer lugar, por el derecho internacional, donde existe la unanimidad y el gobierno del tratado más antiguo, y luego por el poder de las corporaciones multinacionales, que son mucho más poderosas que la mayoría de los estados, además de, finalmente, el poder de las dos superpotencias, EEUU y China.

Los objetivos adoptados en el paquete del clima no pueden ni deben ser suficientes; pero no hay duda de que los resultados serían mucho peores si los países tomaran sus decisiones de manera independiente

Véase un ejemplo: la no tributación del queroseno de aviación. Es un legado... de Leonor de Aquitania y sus Juicios de Olerón (1160), quien fundó el derecho marítimo internacional: no se gravan los “consumibles” del transporte (velas, cuerdas, tabaco ni ron), que la Asociación Internacional de Transporte Aéreo (IATA) ha traducido como no tributación de queroseno y los *duty free*. La Comisión Europea ha propuesto eludir esta “prohibición fiscal”: integrar la aviación en el Sistema Europeo de Comercio de Emisiones. Fui ponente de esta propuesta, en 2007.⁴ La Comisión me mostró al respecto una carta amenazante firmada por los embajadores de China, EEUU, Corea, etc.⁵ El Parlamento aprobó... e inmediatamente China amenazó con cancelar un pedido de Airbus. El Consejo capituló. Incluso la COP 21 (París, 2018) envió la pregunta a un futuro congreso de la IATA.

La crisis alimentación-salud

Estamos atrapados esta vez en el rectángulo FFFF. El cambio climático y la urbanización están reduciendo la superficie global y la productividad promedio de las tierras agrícolas. El crecimiento del consumo de carne por parte de las nuevas clases medias china e india aumenta la proporción de *feed* (piensos; se necesitan 7 veces más tierra para producir las mismas proteínas en forma animal y vegetal), los agrocombustibles aumentan la proporción de *fuel* (combustible). Las reservas de biodiversidad (*forests*; bosques) se sacrifican, provocando la 6ª desaparición de espacios. A medida que se restringe la participación reservada para *food* (alimentos), la tendencia a industrializar la agricultura está aumentando. La comida basura se está extendiendo en el Norte global (con consecuencias perjudiciales para los sistemas de salud) y el hambre en el Sur (incluso en ausencia de eventos extremos (sequías, inundaciones)).

⁴ Véase: <http://lipietz.net/Pollution-par-l-aviation-le-Parlement-se-rebiffe>

⁵ Véase esta carta (y los argumentos de las compañías aéreas) en: <http://lipietz.net/Marches-publics-vins-aviation-redistribution,pestaña«AITA»>.

Existen soluciones (permacultura, agrosilvicultura ecológica) que, al regresar a hábitos culturales más tradicionales (comer menos carne y más productos “orgánicos”) podrían alimentar a 15.000 millones de seres humanos, sin OGM ni pesticidas, y dejando espacio para agrocombustibles. Y parece que esta vez su implementación es esencialmente “local”, al menos para alimentar a la Europa templada.⁶

Desafortunadamente la historia viene marcada por el camino recorrido. La cadena alimentaria está hoy en día tan globalizada, segmentada y especializada en áreas de producción como lo está la industria automotriz. Incluso hemos separado geográficamente el “ciclo del carbono” (la producción de azúcares y aceites) del “ciclo del nitrógeno” (la producción de más y más proteínas animales). Los oligopolios globales controlan este sistema, que, desde la extracción hasta el vertedero, produce entre el 35 y el 40% de los GEI globales. Este sistema también se cristaliza en inversiones de capital fijo por trabajador que son mucho más altas que las de la industria siderúrgica.⁷

En esta historia, la UE ha contribuido en gran medida, desde su inicio (1957), centrándose en una agricultura-ganadería tanto industrial como global. La mayor parte del presupuesto de la Política Agrícola Común (PAC) sigue centrada en la defensa de este modelo, aun cuando los pueblos europeos son cada vez más conscientes de sus efectos nocivos sobre su salud y el hambre en el mundo. Pero esta es un área donde la codecisión con el Parlamento Europeo se ha mantenido particularmente débil (y esta es una de las mayores derrotas relacionadas con el rechazo del TCE).

Como resultado, la PAC está casi en contradicción con otras políticas de la UE como las relacionadas con la crisis clima-energía y la defensa de la biodiversidad. Inès Trépant, una de las colaboradoras más agudas y competentes del grupo verde en el Parlamento, pudo escribir *Biodiversité: quand les politiques européennes menacent le vivant* (Biodiversidad: cuando las políticas europeas amenazan al mundo vivo).⁸ Nos encontramos aquí con un problema general: Europa gasta su tiempo votando y modificando los “planes sectoriales”, incluidos los planes quinquenales, incluso en cantidades físicas, pero no realiza la “planificación”, es decir, la implementación coherente de sus planes sectoriales. No es la única...

Por lo tanto, uno puede preguntarse si una “renacionalización” de la PAC no es la manera más rápida de reconstruir sistemas agroalimentarios resistentes y ecológicos, país por país. No es así. Además del argumento habitual (el productivismo liberal domina en Europa

⁶ M. Dufumier, *Famine au sud, malbouffe au nord. Comment le bio peut nous sauver*, NIL éditions, Paris, 2012.

⁷ Véase N. Gandais y A. Lipietz, «France: epicenter of the 'Malbouffe' Crisis», *Green European Journal*, vol. 5, marzo de 2013.

⁸ Éditions Yves Michel, Gap (France), 2017. Prólogo de Olivier de Schutter.

porque ya domina país por país, y no vemos por qué la agroindustria francesa, alemana y española se convertiría en ecologista al salir de la PAC), otros argumentos juegan a favor de la PAC.

Primero, como entonces sucediera con el *New Deal* de Roosevelt (que ha sobrevivido mejor a la ola neoliberal), la PAC se diseñó para proporcionar alimentos baratos e ingresos “adecuados” a los campesinos, incluso en áreas más pobres: es una de las pocas políticas redistributivas a escala europea. Que esté mal orientada no significa que sea necesario romper la institución.

Uno puede preguntarse si una “renacionalización” de la PAC no es la manera más rápida de reconstruir sistemas agroalimentarios resistentes y ecológicos, país por país. No es así

Finalmente, salir de la PAC agravaría aún más el *dumping* fiscal, social y ambiental en el sector agroalimentario. Sin embargo, la mayoría de los europeos son pobres y están decididos a comer lo más barato posible, y cuando lo son menos se dejan llevar hacia la comida más atractiva, la más procesada. Comida basura en ambos casos. El remedio (salir de la PAC, que ofrece al menos la posibilidad de un marco regulatorio favorable) será peor que la enfermedad.

Debemos decidimos a combatir la actual PAC mediante una guerra de posiciones. Desde abajo (movimientos de consumidores y agricultores “ecológicos”) y desde arriba: elegir a los eurodiputados a favor de una PAC ecologista.

El *New Deal* verde

Este eslogan era el de los Verdes europeos en las elecciones de 2009, pero otros responsables nacionales (incluyendo a Barack Obama) y en especial de la ONU emplearon formulaciones similares para describir “qué hacer” frente a la crisis abierta en 2008. Con razón.

De hecho, desde un punto de vista estrictamente económico, las crisis de 1929 y 2008 son las mismas: el colapso después de una larga fase de crecimiento de crédito, la demanda real no está en línea con el crecimiento de la producción, dada una distribución cada vez más desfavorable para la masa de empleados. La respuesta (“fordista” o “keynesiano”) fue el *New Deal*: crecimiento del gasto público, más la reforma de la relación salarial que garantiza el consumo de masas.

Las diferencias entre 1929 y 2008 son igualmente obvias:

- ya no existe un Estado-nación europeo capaz de asegurar el crecimiento del mercado interno por sí mismo;
- la doble crisis ecológica esta vez impide hoy la generalización del *American Way of Life* (basado en el coche y el consumismo). Este es de hecho el último vuelo del “precio de la naturaleza” (petróleo y alimentos) que desencadenó la crisis de las *subprime*.

Si tiene que haber un *New Deal* este tiene que ser, al menos, de escala continental y orientado hacia aquellas actividades que permitan ahorrar emisiones y producir una alimentación sana. Así que más bien transporte público, aislamiento térmico de edificios, etc. Debe haber una reactivación de la demanda, pero basada en inversión y consumo “verde”.

Si tiene que haber un *New Deal* este tiene que ser, al menos, de escala continental y orientado hacia aquellas actividades que permitan ahorrar emisiones y producir una alimentación sana

Por desgracia, en su defecto para coordinar sus políticas salariales, y poco dispuestos a aumentar el presupuesto “federal” (la UE), los gobiernos europeos se negaron a impulsar la demanda efectiva (verde o no) y profundizaron su lógica productivista-exportadora, a favor de Alemania y en detrimento de todos los demás países. Paradójicamente, fueron quienes gobernaban el BCE, independiente, que, reuniendo sus recuerdos de macroeconomía, reactivaron la maquinaria mediante una creación masiva de dinero y comenzaron (ciertamente de forma muy limitada) a cancelar las deudas de países del sur de Europa, sobre la base de un modelo fallido en bancarota. Terrible fue, al contrario, la política alemana hacia los países del sur, como Grecia, a pesar de que la propia Alemania terminaba, en octubre de 2010, de pagar las deudas de la guerra de 1914-1918 que el plan Dawes, Young y Marshall habían planeado y reescalado a lo largo de noventa años.

A falta de poder generar más solidaridad de los países acreedores en la cancelación de las deudas incobrables, y a falta de un relanzamiento del poder de compra popular, esta política monetaria flexible, ¿será suficiente para financiar las inversiones del *Green New Deal*? Sí, con algunos ajustes.

Cuando un banco central “crea” dinero por el redescuento de préstamos hechos a los estados o negocios, está “descontando” su pago futuro. Realiza una apuesta sobre la posibilidad de que los préstamos validados por la anticipación lograrán crear una actividad que permitirá el reembolso. Esto es en efecto lo que sucede, siempre que el espacio de circula-

ción de esa moneda esté relativamente cerrado. Pero tan pronto como el circuito se “filtra” hacia el exterior, esta moneda se enfrenta a otras monedas internacionales. En el caso del euro, la misma superficie de la circulación interna de dinero y la balanza excedentaria de la zona euro le ofrece garantías contra los riesgos. Esto solo está permitido en algunas áreas monetarias: EEUU, China y la Unión Europea. Cuando Francia o el Reino Unido jugaban solos a este juego, cayeron en la espiral del déficit externo, la inflación y la devaluación.

Desafortunadamente, la laxitud monetaria por sí sola no puede provocar una recuperación económica: a falta de demanda final, los préstamos son inútiles (esta es la “trampa de la liquidez”). Supongamos, sin embargo, que, por un lado, los estados tienen el derecho de pedir prestado (sin intereses) de un banco (el BEI), que tan solo financiará la transición ecológica, bajo el control del Parlamento que fijaría los criterios (no para solventar la falta de dinero de los gobiernos) y, en segundo lugar, el BCE solo crea dinero descontando estos préstamos a interés nulo, como lo hace ahora aunque de forma indiscriminada.⁹ Esto satisfaría tanto las demandas de la crisis ecológica como los temores alemanes sobre el riesgo (imaginario) de inflación, y la demanda de “responsabilidad democrática” (*democratic accountability*). Esto no requiere la reforma de los tratados de la Unión Europea, solo una relajación del Tratado de Estabilidad, Convergencia y de Gobernanza, que no es un tratado de la Unión, sino un instrumento separado, probablemente demasiado estrecho, destinado a garantizar el Mecanismo Europeo de Estabilidad Financiera. Reforma que me parece factible.

Cuando fui ponente del Parlamento sobre el BCE y el BEI, había discutido este esquema con los presidentes de estas dos instituciones, que no eran hostiles a él. En 2009, se convirtió en una rama del plan de financiamiento del *Green New Deal* propuesto por el Grupo Verde del Parlamento.¹⁰ Hoy se llama «Pacto Finanzas-Clima»¹¹ y ha ganado el apoyo de muchas personalidades, entre ellas Philippe Meystadt, quien fuera presidente del BEI.

Se entenderá: la financiación del *Green New Deal*, como la salida de las dos grandes crisis ecológicas, es verdaderamente posible solo dentro del marco europeo. Sus instituciones actuales ofrecen solo una pequeña puerta a una política voluntarista de salida de la crisis: aún es necesario que las mayorías populares, nacionales y europeas, sepan cómo presionar a su favor. Al hacerlo, recuperarán la confianza en Europa y se atreverán a repensar los tratados para abrirle las puertas a algo mayor.

⁹ Más información en: <http://lipietz.net/Monetary-policy-in-time-of-climate-crisis>

¹⁰ Véase: <http://lipietz.net/Problemes-economiques-du-New-Deal-Vert>

¹¹ Véase: <https://www.pacte-climat.eu/es/los-primeros-firmantes/>